

El sacrificio humano: alimento de los dioses¹

En este artículo intento brindar una visión general del sacrificio humano entre los pueblos mayas. Me referiré principalmente a los años inmediatamente anteriores a la llegada de los españoles, es decir, el Posclásico Tardío, porque contamos con una mayor cantidad de datos sobre ese periodo: textos indígenas producto de una larga tradición oral, escritos en lengua autóctona pero con caracteres latinos, y crónicas españolas de los primeros años después de la Conquista. También tomaré en consideración obras plásticas del Clásico y Posclásico, a fin de encontrar una continuidad en el fenómeno.

Es preciso recordar que el sacrificio humano no es un ritual exclusivo de Mesoamérica; es un fenómeno religioso que se ha dado en un sinnúmero de culturas y en pueblos agricultores evolucionados pero no entre cazadores-recolectores. Las comunidades agrícolas tienen una religión perfectamente elaborada, con un sacerdocio bien organizado y conceptos precisos de las fuerzas sobrenaturales; es decir, con dioses personificados a quienes les complacía la muerte de los hombres o la necesitaban. Como ejemplo, baste mencionar aquéllos llevados a cabo en Grecia, cuyas reminiscencias se encuentran en la leyenda del minotauro de Creta; o bien la muerte de Ifigenia por su padre Agamenón. También hay que recordar a las mujeres llamadas bacantes, poseídas por Dionisio, que desgarraban con manos y dientes a una víctima viva.²

Entre los mayas prehispánicos el rito de mayor importancia fue sin duda el sacrificio humano. Éste busca establecer una comunicación entre hombres y dioses, en la que la víctima tiene el papel más importante. Por medio del rito, el hombre religioso pretende introducirse en el mundo de lo sagrado, acercarse a las divinidades, con el fin de influir en sus acciones y tratar de controlarlas.

El concepto que los mayas tenían de sus deidades nos explica el sacrificio. Los dioses eran seres falibles: no eran omnipotentes y se concebían como una fuente de energía. En

la mayoría de los casos representaban fuerzas de la naturaleza, las cuales actuaban en un momento determinado del calendario y se agotaban; por lo tanto, había que ayudarles a recobrar esa energía y la mejor forma de hacerlo era realizando sacrificios humanos, haciéndoles así la ofrenda de la vida, la sangre y el corazón de la víctima.

De los seres sobrenaturales dependía el cosmos, la fertilidad, el sustento de los humanos, el orden y la continuidad de la vida, y sólo mediante la constante alimentación de la fuerza de los dioses era posible la subsistencia universal. Los mayas establecieron una clara dependencia entre hombres y dioses, y la ofrenda era el único medio de penetrar en el mundo sagrado, agradecer los bienes enviados y pedir los beneficios requeridos.

En el mito quiché del *Popol Vuh* puede verse que los mayas explican el sacrificio humano como una necesidad que fue instaurada en el momento de la creación, cuando los dioses crearon a los hombres para tener quien los alimentara. Este sustento tendría que provenir de la sangre de los hombres, líquido que de acuerdo al mito otorgaba al ser humano su sustancia, esencia, razón y entendimiento.³ Los cakchiqueles agregan que cuando se crea al hombre verdadero —hecho del grano sagrado de la planta del maíz—, es preciso agregar, para darle vida, la sangre de la danta y la serpiente, animales sagrados que representan a los dioses creadores.⁴ Las deidades dieron su sangre para la formación del ser humano, por ello los hombres tendrán que corresponder dando la propia. Los mayas consideraban que la muerte era necesaria para la vida, por ello el sacrificio humano desempeña un importante papel en el afán del hombre de vivir en armonía con el cosmos.

El sacrificio humano tenía finalidades tan diversas como las formas de realizarlo. Dado que se practicaba en comunidades cuya subsistencia se basaba en la agricultura, las peticiones a los dioses se relacionaban con la fertilidad, el logro de un buen año con abundantes cosechas, lluvias apropiadas, el fin de una epidemia, la victoria en una contienda, por

¹ Gran parte de las ideas sobre el sacrificio humano de este artículo fueron tomadas de mi libro *El don de la sangre en el equilibrio cósmico*, Centro de Estudios Mayas, UNAM, México, 1987.

² Yólotl González Torres, *El sacrificio humano entre los mexicas*, INAH-FCE, México, 1985, p. 48.

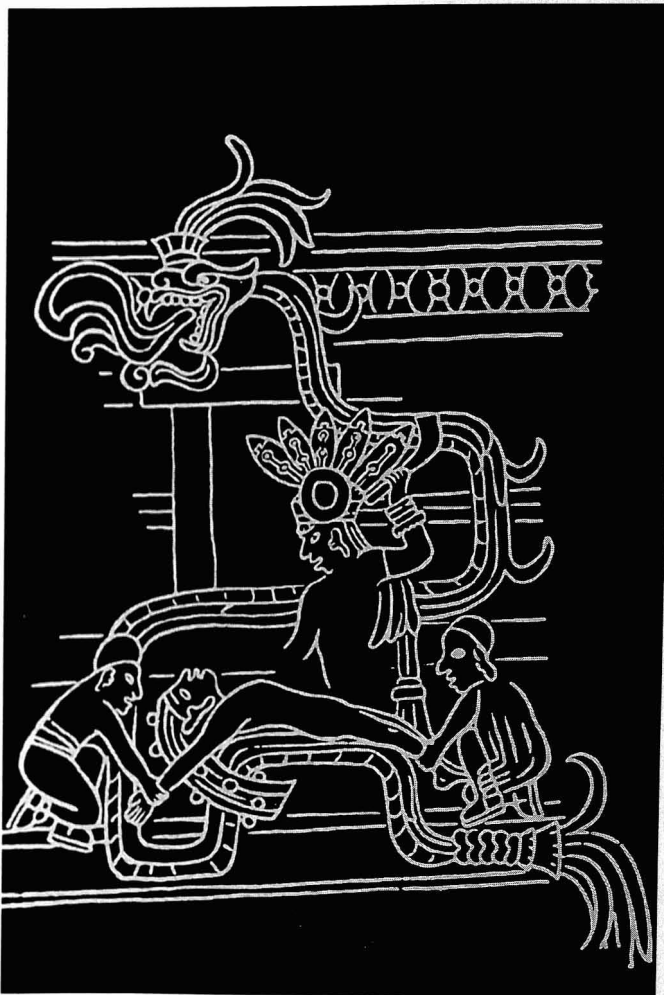
³ *Popol Vuh*, *Las antiguas historias del Quiché*, en De la Garza, *Literatura maya*, Editorial Galaxis, Barcelona, 1980, (Biblioteca Ayacucho, 57), p. 62.

⁴ *Memorial de Sololá. Anales de los cakchiqueles*, en De la Garza, *op. cit.*, p. 116.

citar algunos casos. Entre las maneras de realizar los sacrificios estaban la extracción del corazón, la decapitación, el flechamiento, la inmersión, la lapidación, el arrojar a la víctima al interior de un volcán o despeñarla de una gran altura. Los procedimientos dependían de la finalidad perseguida.

Los sacrificios entre los mayas, en general, compartían ciertas características, como el reducido número de víctimas (sobre todo en comparación con los nahuas), un conjunto de rituales preparatorios, la intervención directa de sacerdotes preparados y su realización en un tiempo y un espacio sacralizados.

Entre los elementos que vale la pena subrayar están los rituales preparatorios, que eran necesarios porque el momen-



Disco H de oro procedente del cenote sagrado de Chichén Itzá en el que se ejemplifica un sacrificio por extracción de corazón (según Cohodas)

to cumbre del sacrificio, la muerte de la víctima, estaba saturado de energía sagrada, y era peligroso para todos los participantes acercarse sin una preparación previa. Por ello, todos debían someterse a diversas purificaciones: ayunos, abstinencias sexuales, baños de vapor, abluciones, sangramientos, vómitos, oraciones, velaciones. Si no se cumplían estos requisitos, podían ser castigados por los dioses.

De igual manera, el sitio donde se llevaría a cabo la ceremonia se purificaba y delimitaba, ya que se consideraba sa-

grado, y ello significa un rompimiento de la homogeneidad del espacio y una comunicación con las otras regiones cósmicas: el cielo y el inframundo. Los sacrificios se efectuaban en la parte superior de una pirámide, frente al templo, imagen de un microcosmos, o bien en las plazas públicas, sobre la piedra sacrificial, punto de unión entre el mundo de los hombres y el de los dioses, *axis mundi*. Sobre el altar de los sacrificios se realizaba el paso de la vida a la muerte, provocando una nueva existencia. El lugar para dar muerte a la víctima podía ser también un depósito acuático, como los cenotes o los lagos.

Los instrumentos sacrificiales estaban cargados de una fuerza simbólica; los cuchillos, por ejemplo, fueron adorados como una deidad entre los cakchiqueles; por su parte, los yucatecos los llamaban *u kab ku*, “el arma de dios”. Esto plantea un interesante cuestionamiento, a saber, la posibilidad de que en el momento del sacrificio fuera el mismo dios el que daba muerte a la víctima, materializado no sólo en el sacerdote sino también en el cuchillo.

Otro requisito indispensable era elegir el momento propicio para la ceremonia. Esta función era desempeñada por el sacerdote o *chilam* con base en cálculos cíclicos temporales y astrológicos, ya que la hora de la ceremonia dependía de la naturaleza y el objeto del ritual.

La noche anterior a un sacrificio, las imágenes de las deidades eran ataviadas lujosamente y llevadas en andas en una solemne procesión, en medio de cantos y danzas, durante la cual se consumían bebidas embriagantes, principalmente el *balché*, la bebida sagrada de los mayas.

Entre los sacerdotes participantes en el sacrificio en Yucatán estaban el *ah kin*, “el del Sol”, que tenía como función ofrendar el corazón y la sangre de la víctima, y el *ah nacom*, encargado de extraer el corazón, ayudado por los *chaacob*, cuatro funcionarios menores que sostenían los brazos y piernas de la víctima. Por medio de su atavío, quien actuaba ritualmente se convertía en representante y portador del poder sagrado; el sacerdote procedía en nombre de su dios, era el intermediario del cual se servían las divinidades para sacrificar a los seres humanos.

En otras regiones como Guatemala, los sacrificadores se dejaban el cabello y las uñas largos, se cubrían el cuerpo con un ungüento sagrado hecho con carbón amasado con sangre y ponzoña de animales venenosos. Este ungüento, al ser asimilado por la piel, entraba al flujo sanguíneo y, aunado al consumo de plantas con contenido en alcaloides y a otras prácticas ascéticas como el ayuno y la vigilia, provocaba en el sacerdote un estado alterado de la conciencia que le permitía cumplir de manera cabal sus funciones.

Las víctimas eran principalmente cautivos de guerra, o infractores de la ley, e incluso podían ser voluntarios que daban su vida para honrar a un dios. En el caso de que fueran niños eran raptados de otra comunidad, o se compraban los hijos de los “esclavos”, los bastardos o los huérfanos. Incluso había padres que, por su intensa fe religiosa, donaban a sus hijos.

El sacrificado podía fungir como el representante cúllico de una deidad; en el instante mismo de su fallecimiento se recreaba la muerte del dios y el hombre que moría era poseído por los dioses, y moría como tal en un rito renovador.

Esto nos lleva a la idea del ciclo calendárico, en el que la fuerza de un dios nacía, crecía, disminuía y terminaba. De esta manera, la deidad tenía que morir para renacer con nueva energía. Así, quienes morían no eran hombres, sino dioses con una envoltura corporal.⁵ Estas víctimas en Guatemala deambulaban por los pueblos con ciertas libertades días antes de su muerte, con una argolla al cuello y vigilados por cuatro guardianes. Podían solicitar alimento en cualquier hogar y todos tenían la obligación de ofrecerles cuanta comi-



Fragmento de la estructura 2 D1 de la pared oeste del juego de pelota en Chichén Itzá (según Marquina). En esta escena el hombre ha sido decapitado y de su cuello surgen seis serpientes que simbolizan la sangre

da y bebida quisieran, ya que se trataba de la ofrenda a un dios. En sus últimos siete días de vida comían y bebían copiosamente, quizá para mantenerse en estado de embriaguez, lo cual podía considerarse como un signo de posesión divina. Además, las bebidas embriagantes y otras drogas debilitaban su voluntad y así acudían docilmente al sacrificio.⁶ Asimismo, se les proporcionaban doncellas, y su unión con ellas simbolizaba una hierogamia, un matrimonio sagrado, dado que se trataba de la unión de un dios con una mujer consagrada.⁷ La mayor parte de los sacrificados eran cautivos de guerra de alto rango y morían portando los atributos del dios.

Otra clase de víctimas estaban destinadas a alimentar a las divinidades, finalidad para la que fueron creados los hom-

bres para retribuir a los dioses hambrientos los favores recibidos y calmar su enojo.

Por último, estaban los sacrificados que servían como compañeros de muerte: los criados de los grandes señores, sacrificados para que continuaran sirviendo a su amo en el tránsito hacia su destino final.⁸ Es el caso, por ejemplo, de los restos humanos encontrados en el interior del Templo de las Inscripciones en Palenque.

Dado que estos grandes señores eran considerados como descendientes de los dioses y ellos mismos podían ser divinizados a su fallecimiento, estas muertes podrían considerarse como un sacrificio, pues cumplen con el requisito de servir como puente de unión entre el mundo de los hombres y el mundo sagrado.

En el momento de la llegada de los españoles, la manera más común de llevar a cabo un sacrificio humano, era (tal vez por influencia del centro de México) la extracción del corazón, órgano cargado de un sinnúmero de simbolismos. En el *Popol Vuh* se señala que uno de los principales dioses creadores se llamaba el Corazón del Cielo; en él residía el principio y germen de la existencia, tal como sucede en un nivel microcósmico con el corazón de los hombres. El corazón es un centro donde residen las funciones cognitivas, racionales, espirituales y emotivas, el centro anímico vital y el centro primario del yo.

Entre las ocasiones en que se realizaba un sacrificio están las ceremonias de fin de año, cuando las fuerzas sagradas estaban exiguas y necesitaban fortalecerse. En Guatemala, dos o tres días antes de la festividad se barrían calles y caminos, templos y casas, y los participantes en la ceremonia se bañaban para expulsar el tizne y la suciedad. Se adornaban los templos con flores y yerba fresca que simbolizaba la requerida renovación de la naturaleza. Después de una noche de procesiones con las imágenes de los dioses en andas, de bailes y representaciones teatrales, al amanecer se sacrificaban varios cautivos de guerra, que eran llevados por sus captores de los cabellos en señal de sumisión. El sacrificado era en esos momentos un ser consagrado, quizá el representante cúllico de la deidad misma.

El sacerdote ofrendaba a los dioses el corazón arrancado dentro de un pequeño cajete. A veces se quemaba para que el humo sirviera como vehículo, materia ligera que alimentaba a los seres incorpóreos. La sangre podía también colocarse en la boca de ciertas imágenes de los dioses, lo que representaba una forma tangible de ofrenda, o bien se asperjaba a los cuatro rumbos cardinales, con el fin de que todos los invisibles participaran del don. La cabeza se cortaba y se colocaba por algunos días sobre un palo en el altar, tal vez como testigo fehaciente del sacrificio que se había llevado a cabo, y luego se enterraba.

El resto del cadáver podía simplemente desecharse o arrojarlo a un depósito acuático; en ocasiones especiales la carne se cocía, se aderezaba y los principales comulgaban

⁵ Alfredo López Austin, *Cuerpo Humano e Ideología; las concepciones de los antiguos nahuas*, 2 vols., IIH, UNAM, México, 1980, vol. 1, p. 433.

⁶ Las Casas, *Apologética historia sumaria...*, 2 vols. IIH, UNAM, México, 1967, vol. II, pp. 215-216. Román y Zamora, vol. I, p. 203.

⁷ *Rabinal Achi*, en de la Garza, *op. cit.*, pp. 321-324.

⁸ López Austin, *op. cit.*, pp. 433-435.

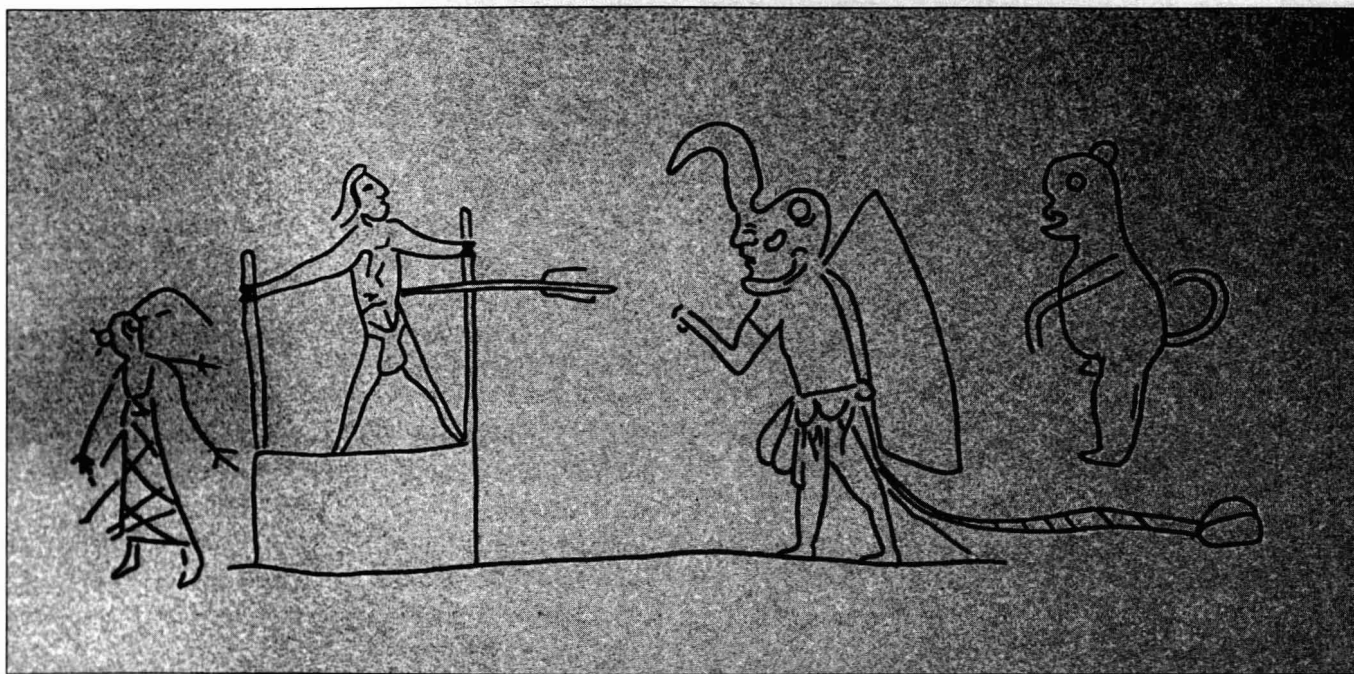
con ella, participando así de la esencia divina:⁹ era el dios mismo que alimentaba a los hombres con su sacralidad.

En el caso de Yucatán, la ceremonia contenía los mismos elementos; sin embargo, en los años cercanos a la Conquista española, en lugar de sacrificar a un hombre se le sacaba el corazón a un perro,¹⁰ dato importante porque nos habla de la sustitución de una víctima humana por un animal, al que se le daba igual valor. Esto nos lleva a pensar que los sacrificios humanos tal vez estaban desapareciendo para entonces.

De acuerdo con las representaciones plásticas y los restos óseos localizados, la decapitación parece haber sido la forma más común de occisión ritual durante el periodo Preclásico y Clásico dentro del área maya. La muerte por arranca-

durante el juego de pelota contra los señores del Xibalbá.

Dentro del complejo simbólico de la decapitación se encuentra la guerra como un medio para obtener cabezas como trofeo; en algunas estelas, el gobernante aparece con la cabeza de un decapitado. El que llevaba las cabezas, además, podía proclamarse como vencedor en las batallas, alcanzando con ello fama y gloria. En épocas tardías los mayas de Yucatán, como en el caso de Chichén Itzá, adoptaron la costumbre —proveniente del centro de México— de colocar los cráneos horadados por las sienes en hileras sobre las construcciones conocidas con la palabra nahua *tzompantli*, centro de energía, para reunir en una sola edificación la fuerza y poder de todos aquellos valientes que habían



Grafiti de Tikal del Templo 2 (según Tozzer). Sacrificio por flechamiento

miento del corazón tuvo mayor arraigo en el Posclásico, como resultado de influencias provenientes del centro de México desde el Clásico medio.

Las expresiones plásticas en el área maya de la decapitación tienen lugar desde el Protoclásico, como la escena que se representa en la estela 21 de Izapa,¹¹ en la cual el decapitador usa un tocado de murciélago, animal vinculado con el inframundo, la sangre y la muerte, que continúa simbólicamente ligado a este rito hasta el Posclásico. El murciélago es el decapitador en el *Popol Vuh*, y es precisamente este animal el que corta la cabeza de Hunahpú, hermano de Ixbalanqué,

dado su vida por la humanidad. Este mismo complejo simbólico incluye el juego de pelota, que representaba una lucha entre opuestos, una guerra, aunque la víctima no era uno de los jugadores sino un cautivo.

La decapitación también tiene una relación simbólica con el cultivo del maíz y con el sacrificio de las divinidades de la vegetación, realizados para el incremento de la fertilidad y el logro de abundantes cosechas. En la plástica maya aparece con frecuencia la cabeza del dios del maíz surgiendo de esta planta, tal vez con la intención de representar un sacrificio por decapitación de una víctima que encarnaba a este dios, como sucedía entre los nahuas cuando sacrificaban a la diosa Xilonen en un ritual de primicias.¹²

También el sacrificio por flechamiento estaba vinculado con la fertilidad. El rito se llevaba a cabo en las primeras horas de la mañana y la joven víctima debía ser virgen, es decir, pura ritualmente, y tener una constitución fuerte.

⁹ Las Casas, *op. cit.*, vol. II, pp. 220-221.

¹⁰ Landa, *Relación de las cosas de Yucatán*, Editorial Porrúa, México, 1966 (Biblioteca Porrúa, 13), p. 65.

¹¹ Izapa es parte de un conjunto cultural que cronológicamente se sitúa entre lo olmeca y lo maya; no obstante, muchos investigadores no consideran que esta cultura forme parte de la cultura maya. A nivel plástico y simbólico contiene muchos de los elementos que se observan dentro del desarrollo cultural de los mayas, pues Izapa se localiza dentro del área maya, en la costa del Pacífico, en el actual estado de Chiapas.

¹² Bernardino de Sahagún, *Historia general de las cosas de Nueva España*, México, 1956 (Biblioteca Porrúa, 8-11), vol. 1, p. 181.

Para realizar la ceremonia se le pintaba el cuerpo de azul, yax, color que indicaba su consagración, y el sitio del corazón se pintaba de blanco. Además, lucía en la cabeza una guirnalda de flores provenientes del árbol con que se elabora la bebida embriagante sagrada de los mayas, el *balché*.

El sacerdote dirigía la primera flecha al sexo y al corazón del joven, sitios donde se acumulaba la energía vital: la sangre se untaba a las imágenes de los dioses. Luego varios hombres bailaban a su alrededor, lanzando, en cada vuelta, una flecha al corazón de la víctima. El sacrificio se dedicaba al dios solar,¹³ quien con sus propios rayos, materializados en las flechas, terminaba la vida de la víctima.

Otro rito en Yucatán consistía en arrojar a los cenotes a



Dintel 2 de La Pasadita (según Graham). El gobernante luce en su espalda una cabeza trofeo

seres humanos vivos para que transmitieran el mensaje de los hombres a los dioses. También se arrojaban como ofrenda a las deidades acuáticas y, en algunos casos, para pedir a éstas que enviaran la esperada lluvia, sobre todo en áreas donde escaseaba el elemental líquido vital. A estos sacrificados, en ocasiones se les sacaba primero el corazón. En el cenote sagrado de Chichén Itzá se han encontrado restos óseos que pertenecían a niños, víctimas predilectas de los dioses de la lluvia.¹⁴

¹³ *Libro de los cantares de Dzitbalché*, en De la Garza, *op. cit.*, Cantar 1, pp. 356-359 y Cantar 13, pp. 380-382.

¹⁴ Landa, *op. cit.*, p. 15 y Alberto Ruz L., *Costumbres funerarias*, FFL, UNAM, México, 1968, pp. 141, 151-152.

Escasa mención hacen las fuentes de otras formas de sacrificio; no existen testimonios plásticos. Entre éstas se realizaba el sacrificio por lapidación, cuya finalidad era buscar el perdón de la comunidad por ofensas infligidas a los dioses. Para ello se buscaba a una anciana, a quien se colocaba en el cruce de dos caminos, centro simbólico del mundo donde había posibilidad de comunicarse con los seres de los tres planos cósmicos. El pueblo le confesaba sus pecados a la desdichada mujer, para después arrojarle piedras hasta sepultarla, creyendo con ello verse nuevamente congraciados con los dioses.¹⁵

Pocos datos se obtienen de las fuentes sobre la disposición final del cadáver en los diversos tipos de sacrificios mencionados. El cuerpo inerte podía ser objeto de algún ritual posterior o sólo se desechaba sin ceremonia alguna.

La práctica más significativa es la antropofagia, que fue exclusivamente ritual y tenía como objeto absorber la esencia espiritual del difunto. En este acto se destaca la idea de comunidad que se produce al compartir un mismo alimento los diversos participantes, lo cual establece un estrecho vínculo entre ellos, al unirse en una comunión sacramental.

En la antropofagia, en ocasiones, el dios fungía como un comensal más y participaba de la ofrenda para revitalizarse. En otras ocasiones encarnaba a la víctima: era él mismo el que moría y participaba de su esencia divina a los hombres.

En Yucatán,¹⁶ el sacrificado era arrojado por la escalinata desde la parte superior de una pirámide para representar el descenso de la divinidad al mundo de los hombres y conferir sacralidad al edificio. Luego el cadáver se desollaba, se cocinaba y se repartía en pequeños trozos a sacerdotes y señores principales; la parte del cuerpo que les correspondía dependía de su posición dentro de la sociedad, y el corazón se reservaba a la deidad.

Había otros rituales donde se practicaba el canibalismo. En ellos participaba el pueblo entero, y la víctima se ofrecía espontáneamente a morir. En estos casos la carne se comía cruda, arrancando pequeños pedacitos del cuerpo. La antropofagia ritual fue una de las formas más eficaces de concretar la acción sacrificial.

Para terminar quiero subrayar que el don sacrificial contiene un valor intrínseco: aporta honor y gratitud a los dioses; por medio de él no sólo se les agradecen y reconocen los beneficios divinos, sino que también se intenta propiciarlos.

El ritual del sacrificio humano ha sido, en todo el mundo, la forma más completa de culto donde el hombre reconoce la soberanía de un dios o de los dioses. Sin embargo, también muestra la incapacidad de las divinidades para subsistir por sí solas pues necesitan del alimento divino por excelencia para recobrar la energía perdida: la sangre, que es la vida misma. En el sacrificio se entrega la existencia de un ser humano a cambio de la sobrevivencia de la humanidad.◊

¹⁵ Tomás López Medel, *Relación*, en Landa's *Relación de las cosas de Yucatán*, Papers of the Peabody Museum of American Archaeology and Ethnology, Harvard University, Cambridge, Mass., 1941, p. 226.

¹⁶ Landa, *op. cit.*, p. 51.